

cinto y ante un auditorio que las más de las veces no excedía de tres ó cuatro prelados soñolientos, de tres ó cuatro magistrados encanecidos en la carrera judicial, y que desdénaban las galas de la retórica porque su hojarasca les encubría y velaba las razones y los hechos, y de tres ó cuatro caballeros de buena casa, presumidos y necios, y que hacían alarde siempre de sonreír compasivamente al entusiasmo. En la Cámara de los Comunes, una mirada suya ó un ademán, habían aterrado á veces á Murray; en la de los Lores, toda su vehemencia y sus más patéticos acentos no lograban producir la mitad del efecto que la moderación, la templanza, la razón fría y serena, el método, claridad y aplomo tranquilo y digno que caracterizaron la oratoria de lord Mansfield.

Las tres secciones de la oposición obraron de concierto en el negocio electoral del Middlesex, y ningún orador logró defender entónces en la Cámara de los Comunes con tanto entusiasmo y elocuencia como lord Chatham lo hizo en la de los Lores la causa que se considera en nuestros días por la verdaderamente constitucional. Antes de que hubiera cesado la expectación pública respecto del asunto, Jorge Grenville pasó de esta vida, disgregándose su partido, desapareciendo como tal de la arena política, y pasando de allí á poco la mayoría de sus afiliados á figurar en los bancos del Ministerio.

Si Jorge Grenville hubiera vivido algunos meses más, los lazos de amistad que reanudó con él lord Chatham, al cabo de largos años de alejamiento y de hostilidad, se habrían roto, sin duda, de una manera violenta por segunda vez. Las diferencias y querellas entre Inglaterra y América del Norte iban tomando aspecto muy sombrío y amenazador. La

opresión provocaba la resistencia, y ésta, nueva y más rigurosa opresión; y como los advertimientos de los hombres de Estado más eminentes eran en vano para la corte y para la nación, ciegas ambas, ésta de orgullo, aquélla de ira, presto se vió un Senado en las Colonias enfrente del Parlamento británico, y rebelde, y luégo la milicia colonial que cruzaba sus bayonetas con las tropas inglesas, y más tarde, al cabo de lucha pertinaz y sangrienta, desgarrarse la nación en dos partes, separándose de la metrópoli dos millones de ciudadanos de la Gran Bretaña que quince años ántes eran tan fieles á su rey y se hallaban tan satisfechos y estaban tan activos de la patria común, cual pudieran estarlo los habitantes de Kent ó de York. En un principio se creyó que los insurgentes combatirían sin éxito contra los inmensos recursos pecuniarios y militares de la madre patria; pero una rápida sucesión de catástrofes desvaneció á seguida prontamente cuantas ilusiones pudo forjarse la vanidad nacional hasta que al fin, de uno en otro desastre, llegó el caso tristemente memorable de que numeroso ejército inglés, hambriento, acosado, perseguido por todas partes, no de tropas regulares y disciplinadas, sino de campesinos, hubo de someterse á la humillante necesidad de rendirse á ellos. Con ésto, los gobiernos del continente á quienes tanto abatió la Inglaterra la última guerra, y que desde mucho hacía suspiraban por la hora de tomar el desquite de Quebec, de Minden y del Morro, se sintieron renacer á la esperanza y cobraron aliento y brio, reparando que la ocasión de la venganza se acercaba. Francia reconoció la independencia de los Estados Unidos, y seguramente la corte de Madrid imitaría su ejemplo sin tardanza.

Chatham y Rockingham habian unido sus esfuerzos para oponerse de todo en todo á la política funesta que llevó al Estado á tan peligrosa extremidad; mas, á partir de aquel día siguieron rumbos diferentes. Porque lord Rockingham creia, y el suceso demostró cuánto estaba en lo cierto, que las Colonias sublevadas habian roto por completo con la metrópoli, y que la prolongacion de la guerra en el continente americano sólo sería eficaz á dividir fuerzas y elementos que se hacia necesario concentrar, y que, renunciando á la empresa desesperada de someter la Pensilvania y la Virginia, tal vez pudiera conjurarse la guerra con la casa de Borbon y caso de no ser así, por hacerla fatalmente necesaria la desgracia, sostenerla no sólo con éxito y gloria, sino hasta resarciéndose en cierto modo de las pérdidas y daños sufridos á costa de los enemigos extranjeros que aguardaban con ansias vivas aprovecharse de los disturbios y alteraciones intestinas del país. Lord Rockingham y los suyos entendian, pues, que la conducta más prudente que debiera seguir la Gran Bretaña era reconocer la independencia de los Estados-Unidos sin tardanza, replegar sus fuerzas, concentrarlas y volverlas contra sus enemigos del continente.

Lord Chatham hubiera debido en nuestro concepto afiliarse á esta opinion, con tanto más motivo, cuanto que ántes de tomar partido Francia en la contienda entre las colonias y la Metrópoli, habia declarado muchas veces con gran energia cuán convencido estaba de la imposibilidad de triunfar de América, y que sin caer en grosera contradiccion no debia sustentar el absurdo de que fuese más fácil conseguir la victoria en América y Francia juntamente, que sólo en América. Pero la pasion era

más poderosa en él que no el juicio, y lo cegaba en orden á su propia consecuencia. Bueno será decir tambien que las circunstancias mismas que hacian inevitable la pérdida de las Colonias, aumentaban á sus ojos la magnitud del quebranto, porque la desmembracion del imperio británico le parecia ménos humillante y ruinosa, viendo en ella el resultado de las disensiones intestinas, que la obra del extranjero. Herviale la sangre al pensar en la degradacion de la patria. Cuanto redundaba en su daño y pudiera disminuir su importancia entre las demas naciones le afectaba cual si fuera ultraje inferido á su honra personal, y era esto así tambien porque la hizo tan grande y poderosa con su esfuerzo, y se gozó tanto en su obra, y se sintió tan orgulloso de ella, y ella le pagó con tanto amor y tanto entusiasmo sus afanes, que la patria y él formaban en su corazon una cosa misma. Y recordando el modo cómo veinte años ántes, en momentos de luto y espanto, al ver arrancadas de su corona imperial joyas de gran valía y deshonradas sus banderas, acudió á él en demanda de auxilio, y el repentino y glorioso cambio que logró verificar en ella su energia, su entereza y su brío, y la serie interminable de triunfos que le proporcionó, y los trofeos militares, y los dias de regocijo, y las luminarias, y el entusiasmo indescriptible de las muchedumbres, determinó apartarse de cuantos aconsejaban la conveniencia de reconocer la separacion de las Colonias. Sus partidarios más fervorosos no podrán ciertamente negar que cometió entónces una falta; en cuanto á nosotros, diremos que fué obra de sus parciales más decididos y de su hijo predilecto el tratado á virtud del cual se reconoció algunos años más tarde la república de los Estados-Unidos.

El duque de Richmond había propuesto una exposición al Rey contra la guerra de América. Lord Chatham, que no asistía, por efecto de sus dolencias, cada vez más graves, al Parlamento, determinó de concurrir en aquella ocasión para manifestar que pensaba, respecto del asunto, precisamente lo contrario de cuanto pretendía el partido de lord Rockingham. Se hallaba sobreexcitado por extremo, y sus médicos le rogaron con mucha insistencia que antes debía preocuparse de aquietar su espíritu que no de ir al Parlamento; mas en vano. Su hijo Guillermo y su yerno lord Mahon lo acompañaron á Westminster. Descansó un espacio en el despacho del canceller, y á seguida, sosteniéndose asido á los brazos de los suyos, pudo llegar, no sin trabajo, hasta su escaño. La sesión fué solemne y memorable; y como la historia conserva todos sus detalles, hasta los más insignificantes, sabemos que saludó con mucha urbanidad á los pares que se levantaron para dejarlo pasar; que llevaba la cayada; que vestía, según su costumbre, rico traje de terciopelo; que su peluca era tan grande y que tenía el rostro tan demacrado, que á cierta distancia sólo se distinguía en él la curva pronunciada de su nariz aguileña, y algun destello de sus ojos.

Cuando hubo hablado el duque de Richmond, se levantó lord Chatham. Por un espacio fueron sus palabras ininteligibles; luego se hicieron claras y distintas; pero sólo á grandes intervalos percibía el silencioso é inmóvil auditorio conceptos ó ideas que le recordaran el William Pitt de otro tiempo. Ya no era el orador que todos habían conocido: perdía el hilo del discurso, vacilaba, repetía las mismas palabras, y experimentaba tanta turbación que al referirse á una ley no logró recordar el nom-

bre de la electriz Sofia. La Cámara escuchaba en profundo silencio; las fisonomías de todos los circunstantes revelaban la compasión, la pena y el respeto; nadie osaba moverse, y los ojos de cuantos allí había seguían los movimientos del orador con ansiedad; calló: el duque Richmond contestó entonces con frases mesuradas y corteses; pero se advirtió que mientras lo hacía, el anciano daba muestras de grande agitación: cesó el Duque; se levantó de nuevo Chatham, y al comenzar se llevó la mano al pecho y cayó en su asiento desplomado de un ataque de apoplejía. Tres ó cuatro lores de los que se hallaban más próximos á él lo recogieron; el concurso salió desordenadamente del salón; llevaron al moribundo á una pieza contigua, donde se repuso, pudiendo después resistir el viaje á Hayes. Allí pasó algunas semanas entre la vida y la muerte, y espiró al cabo (1) á los setenta años de edad. Su mujer y sus hijos rodearon el lecho del paciente hasta la hora postrera con amoroso afán y merecido anhelo, porque si fué con harta frecuencia sobrado altanero y rudo para otros, para los suyos fué siempre manantial inagotable de bondades y cariño, y porque si durante toda su vida sus adversarios políticos lo temieron, y sus aliados lo admiraron, antes penetrados de respeto que de afecto, en el seno del hogar todos lo quisieron de una manera entrañable y espontánea, movidos de su bondad, de sus generosos impulsos, y de los infinitos rasgos de su benévolo y amable carácter.

Al pasar lord Chatham de esta vida, escasamente le quedaban diez partidarios en ambas Cámaras; que la mitad de los hombres políticos de su tiempo se

(1) El 11 de Mayo de 1778.—N. del T.

había separado de él por sus faltas, y la otra mitad por los esfuerzos que hizo para enmendarlas. Su postrer discurso fué un ataque simultáneo á la política del Gobierno y á la preconizada por la oposición; pero la muerte lo redimió y le restituyó el amor de su patria. ¿Ni quién tampoco hubiera podido ver con ánimo sereno y ojos enjutos la caída de aquel coloso? Hasta las circunstancias mismas de su muerte, ántes parecen pertenecer al género trágico que no á la vida ordinaria de los hombres: orador famoso, gloria de la tribuna inglesa, gran ministro, colmado de honores, abrumado de los años y de incurable dolencia, se dirige al Senado apoyándose en el brazo del hijo querido, que con ser muy jóven todavía ya promete muchas esperanzas; y allí, en medio del consejo, en la ocasion misma que se esfuerza para reanimar el espíritu decadente de su patria, cae como herido del rayo, y muere luégo. ¡Era imposible que aquel modo de acabarse una vida tan cumplidamente llena de servicios á la patria no quedara grabada en la memoria de las gentes entre sus recuerdos más tiernos y afectuosos! Así fué que los enemigos callaron, y la misma voz de la justicia no fué osada entónces á pronunciar su fallo; que nadie pensaba sino en la grandeza de su carácter, en la claridad de su ingenio, en su intachable probidad y en sus indisputables y evidentes servicios. Todos los partidos declararon esto á una voz, como si la muerte hubiera concertado sus voluntades para honrarlo. El Parlamento se apresuró á votar la suma necesaria para sus funerales y la erección de un monumento á su memoria; pagó además sus deudas, y aseguró el porvenir de su familia, y la *city* de Lóndres pidió que os restos del gran ciudadano, á quien tanto amó y

honró tan largo tiempo, descansaran bajo la cúpula de su magnífica basilica; pero la solicitud llegó tarde y cuando todo estaba ya dispuesto para su entierro en Westminster (1).

Aun cuando los hombres de todos los partidos contribuyeron á rendir los honores póstumos á lord Chatham, casi fueron solos en su acompañamiento los adversarios del Gobierno. Llevó la bandera señorial de Chatam el coronel Barré, con Richmond y Rockingham á los lados; Burke, Savile y Dunning tenían las cintas del féretro, y lord Camden iba en lugar que todos lo vieran: presidia el duelo el jóven William Pitt, que veintisiete años despues había de ir también con pompa igual para recibir sepultura en aquel sagrado recinto, y en ocasion parecida de tristes presagios.

Yace lord Chatham cerca de la puerta septentrional de la iglesia, en un lugar que desde entónces se ha reservado á los políticos, así como la otra parte de la nave se guarda de antiguo para los poetas. Allí descansan los restos de Mansfield, y los del segundo William Pitt, y los de Fox, Grattan, Canning, y Wilberforce. No existe ciertamente otro panteon que reúna en ménos espacio más cenizas de grandes ciudadanos. Pero sobre las tumbas venerables de tantos varones ilustres se alza el monumento suntuoso de lord Chatam, y desde lo alto su imágen esculpida por hábil cincel, parece infundir á la Inglaterra, con su ademan de imperio y su mirada de águila, valor y brío. La generacion que construyó reconocida suntuoso mausoleo á su memoria, no vive ya, y la hora de que la historia pueda revisar

(1) Las deudas de lord Chatham ascendian á su muerte á 20.000 libras esterlinas.—N. del T.

con serena calma los juicios temerarios y absolutos que pronunciaron sus contemporáneos en orden á su carácter, ha llegado. Por eso, al escribir en sus páginas para enseñanza saludable de las almas apasionadas y audaces la relacion de los grandes y muchos extravíos de lord Chatham, consignará tambien que de cuantos personajes célebres yacen bajo las baldosas de Westminster á su alrededor, no hay ninguno, tal vez, cuyo nombre pueda pasar á la posteridad más puro, ni más ilustre tampoco y glorioso.

## MIRABEAU.

---

Los demócratas, que habian tomado la costumbre de considerar á Mr. Dumont como de los suyos, debieron quedar confusos y no nada satisfechos sabiendo que trataba con muy poco respeto de la Revolucion francesa y de sus autores en sus *Souvenirs sur Mirabeau*, (1) y á su vez los de opiniones con-

(1) Dumont fué amigo de Mirabeau, y en su excesiva modestia no hizo alarde nunca de lo mucho que le debió el renombrado tribuno en el apogeo de su gloria, y cuando él era, por decirlo así, su colaborador. Pero si en los principios de su vida, pudiendo brillar por su talento, prefirió ser útil que ilustre, al fin de su carrera, bajo las modestas apariencias de traductor y vulgarizador de Bentham, contribuyó más á la gloria del filósofo inglés, trasformando y embelleciendo sus obras á pretexto de verterlas á la lengua francesa, que no el mismo autor original, aun cuando éste merezca ciertamente por la extension y profundidad de su saber ocupar, como dice un renombrado publicista, puesto de preferencia en la historia junto á Locke y Galileo, por haber hecho la luz en el caos de la jurisprudencia.

La obra de Mr. Dumont, que ha servido de pretexto á lord Macaulay para escribir el Ensayo que ahora publicamos, se titula *Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premieres assemblées législatives*, y se publicó en Paris el año 1832, despues de su muerte.—N. del T.